

aidado, acabó de subir lentamente los pocos escalones, penetró y cerró la puerta tras él. Ya dentro, voló por el corredor oscuro y poco limpio de la casa, a todo lo largo de esta, abrió rápidamente la puerta posterior... pero tuvo que volver a cerrarla como un rampago: en el exterior estaba el detective Cunningham.

Dolan tuvo una inspiración: ¡la azotea!... Abatido y descorazonado, bajó nuevamente, con paso felpo, se dirigió a su habitación, abrió la puerta y entró.

Ya dentro, Dolan se dirigió a una butaca y se dejó caer, con la tristeza en el alma, a pensar lo que había de hacer. Todo parecía indicar que no había posibilidad de escape; todas las salidas estaban bloqueadas, y tan sólo era cuestión de tiempo el caer en las manos de los detectives. Ahora pensaba Dolan que si ya no habían entrado era porque aguardaban el regreso de su mujer. Desde luego que podía batirse para ganar la salida, podría quizá matar a uno, a dos de los detectives que lo acechaban, pero esto sería buscar a su vez una segura muerte. Si lo intentaba, tan pronto lograra rebasar el lugar de alguno de los detectives, era inevitable que le colocarían una bala en la espalda. Además, el homicidio repugnaba sinceramente a Dolan, poseedor de un alma artística y sentimental. Ese medio era impracticable; pero, ¿cómo avisar a Isabel, su mujer? Temía que pudiera llegar de un momento a otro y caer en la trampa, como le había sucedido a él, tanto más lamentablemente cuanto que nada tenía ella que ver en el asunto.

Ahora, del temor de que llegara Isabel, pasó al temor de que pudiera no llegar. De pronto pensó que le era indispensable hablar con ella. La policía, desde luego, no podía mezclarla en el asunto, en modo alguno; podrían, sí, detenerla por un poco tiempo, pero luego se verían en el caso de libertarla, por cuanto su inocencia en este caso en particular, estaba fuera de duda.

—Y si me cogen —pensaba Dolan— antes de que ella llegue, se encontrará sin un centavo para subsistir; y ante esta idea el bueno de Dolan se estremecía. Tenía dentro de sí una chispa de ternura, y habría de ser altamente consolador para él, mientras estuviera en la prisión, tener la seguridad de que a ella nada habría de faltarle. ¡Si llegara en este momento y él pudiera decirle dónde había escondido el dinero!....

Durante diez minutos estuvo Dolan considerando la situación desde todos sus aspectos. ¿Una carta advirtiéndole el lugar del escondrijo? No; esa carta iría irremisiblemente a las manos de la policía. ¿Una clave? No la entendería... ¿Cómo?... A cada instante temía sentir en la puerta el ruido precursor de la entrada de la policía. Sabía que estaba cogido, y que lo que había que hacer, había que ejecutarlo sin demoras. Dolan respiró a todo pulmón, extrajo de su bolsillo papel, y picadura y lió otro cigarrillo. Con el fino trozo de papel en una mano y el saquillo de la picadura en la otra, tuvo una inspiración...

Aun transcurrió una hora más sin que nadie lo molestara. Al fin, su fino oído percibió el susurro de suaves pisadas, de pisadas prudentes y contenidas, a lo largo del pasillo, y súbitamente, la imperativa llamada a la puerta. Sin duda, la policía temía prolongar demasiado la espera. Dolan se hallaba inclinado sobre la máquina de coser, cuando se produjo la llamada; instintivamente llevó su mano al revólver; no obstante, lo arrojó a un lado y se dirigió a la puerta.

—¿Quién? —preguntó.

—Abrenos, Dolan —contestaron de fuera.

—¿Eres tú, Downey?

—Sí; y cye, no hagas tonterías. Aquí estamos tres de nosotros, y Cunningham en el patio vigilando tus ventanas; no tienes salida.

Por un instante sólo, Dolan vaciló. No fué arrepentimiento; no fué que temiera verse preso. Fue, tan sólo, el sentimiento de la derrota; el sentimiento de saberse cogido. Sus planes habían sido preparados para un desenlace tan diferente... Y su mujer, su mujercita... ¡cuánto pesar para ella! Finalmente, con una rápida mirada a la máquina de coser, abrió la puerta. Tres revólveres le apuntaban a la cara con precisión tal que hablaban muy alto de la opinión en que la policía le tenía, Dolan, con rápido movimiento, levantó ambos brazos.

—¡Oh! —dijo con desgano— bajen sus pistolas. No estoy loco. Ahí tienen mi revólver, sobre aquel sofá.

Downey, mediante una rápida investigación que practicó personalmente, se cercioró de la sinceridad de Dolan, y los revólveres dejaron de inquietar a éste.

—El jefe quiere verte, Dolan —dijo Downey.— Ya sabes, es para el asunto ése del Banco Nacional.

—Bien —contestó Dolan, ofreciendo sus muñecas a las esposas.

—Bueno; ahora, —siguió diciendo Downey— nos puedes ahorrar la mar de trabajo diciéndonos dónde tienes el dinero.

Downey imprimió a sus palabras un tono protector, dejando entrever a Dolan que si accedía, se ganaría su protección.

—Naturalmente que les ahorraría trabajo si lo digo —contestó Dolan ambiguamente.

Downey lo miró y comprendió. Llamaron a Cunningham, que penetró al momento, quedándose con Downey en la pieza, mientras los otros dos se llevaban a Dolan. Naturalmente, al poco rato se enfrentaban, en la Jefatura, Dolan y el inspector Mallory. Se conocían muy bien uno y otro, profesionalmente hablando.

Dolan hizo su relación de hechos, con toda franqueza, desde la concepción del plan hasta el momento de ejecutarlo. Mallory lo escuchaba atentamente, con los pies cómodamente puestos sobre el escritorio. Cuando Dolan terminó de hablar, se inclinó hacia él, y plácidamente le preguntó:

—Y el dinero, ¿dónde lo tienes?

Dolan, sin apresurarse a contestar, sacó papel y picadura, y comenzó a liar un cigarrillo calmamente.

—Ah, eso queda de mi cuenta —contestó al fin, sonriente.

—¿Y no sería mejor que lo dijeras? Al fin y al cabo lo hemos de encontrar, y, al menos, nos ahorrarías trabajo.

—Le apuesto lo que quiera a que no lo encuentran, Inspector.—Y en los ojos de Dolan brillaba una chispa triunfal al decir esto.

—Ahora, de igual a igual, de hombre a hombre, Inspector, le apuesto a que no dan con el dinero... Nunca darán ustedes con él —insistió Dolan.

—Está bien —dijo Mallory; y clavó una mirada inquisitiva en Dolan, que la sostuvo imperturbable. —¿Es que tu mujer se fugó con el botín?

—No.

—¿Lo tienes en tu casa?

—Downey y Cunningham están allá registrando; ya le informarán lo que descubran.

Hubo una pausa durante la cual ambos hombres, Inspector y detenido, se miraban uno al otro. Cuando un acusado se refugia en la negativa a contestar, resulta un sujeto difícil para el investigador. Desde luego, que tan sólo se estaba al comienzo de la investigación, que aún restaban recursos de que echar mano para que hablara; pero Dolan podía reírse de todo ello; era de una madera tal que tan sólo el tormento podría hacerlo hablar contra su voluntad. El inspector Mallory conocía perfectamente la clase de tenacidad que poseía Dolan.

—La cosa es muy sencilla, Jefe —dijo, por fin, Dolan.— Yo hice el robo, me llevé el dinero y ahora lo tengo donde ustedes nunca lo verán. Lo hice solo y estoy listo para tomar la medicina que me receten. Nadie me ayudó. Mi mujer no tiene nada que ver con esto, y puedo probarlo. Sé que sus hombres la han estado esperando antes de que me prendieran. Esto es todo lo que tengo que decir, y lo que pienso repetir siempre. Piense que no hay remedio.

Mallory pestañeó de ira.

—Dirás dónde tienes el dinero —rugió.— Si no..., ya me las arreglaré para que te...

—Veinte años es el máximo —le interrumpió Dolan con calma.— Eso es lo más que me pueden echar.

El Inspector lo miró de nuevo, fijamente.

—Y, además —continuó Dolan— no me aburriré cuando llegue al lugar a que me destinen. Tengo la mar de amigos por allá; ya he estado allí. Uno de los carceleros es el mejor jugador de tute que me he echado a la cara.

Como ocurre siempre que un hombre se siente desorientado, Mallory quiso desahogar su indignación abrumando a su prisionero con amenazas, cambiando luego a las promesas, halagándolo ahora, agotando luego su repertorio de bravatas.

Todo fué inútil; Dolan permaneció silencioso, hasta que más tarde lo llevaron a una celda.

A poco llegaron Downey y Cunningham. Una mirada de su jefe bastó para que éste se diera cuenta de que nada nuevo venían a decirle, es decir, que nada sabían del escondrijo en que yacía el dinero.

—¿Tienen ustedes alguna idea de dónde pueda estar? —inquirió.

—No, pero, en cambio, estoy ab-



# Andresillo está indigesto

o papá le cayó pesada la comida, mamá sufre de biliosidad, abuela de estreñimiento.

Todo eso es nada si hay

## LECHE DE MAGNESIA

EL FAMOSO PRODUCTO

### PHILLIPS

Si no es Phillips no es Leche de Magnesia. Cuidese de las imitaciones.



El laxante de las familias por más de cincuenta años.

solamente seguro de dónde no está —contestó Downey con gesto hosco.— En la casa no está. No dejamos de registrar ni una pulgada del terreno; ni un objeto que no hiciéramos trizas para mirarlo por dentro a satisfacción. sencillamente, allí no está. El lo escondió en alguna parte antes de que le echáramos el guante.

—Bueno —dijo Mallory— llévase todos los hombres que necesite y no levante mano. De paso —agregó— que uno de ustedes me traiga a la mujer de Dolan. Tengo la seguridad de que no está mezclada en esto personalmente, pero es probable que algo sepa, y en ese caso, algo le podré sacar; como quiera que sea, es una mujer, y puedo jactarme de que no hay mujer a quien yo no pueda sorprender.

El Inspector Mallory dijo esto con cierta expresión de orgullo.

—Bien, Downey, —agregó— ahora no hay nada que hacer sino encontrar el dinero. Mientras tanto,